

DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SÓJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

POR LOS BOERS

Hay que demostrar á ese gran pueblo, con hechos mejor que con palabras, las simpatías que por él siente España.

Las Repúblicas del Transvaal y del Orange, unidas para la defensa de su independencia, renuevan en el siglo xx, según la frase feliz de Cavia, todas las grandezas de las epopeyas antiguas.

No hay palabras con que cantar las proezas de esos heroicos boers.

[Son admirables! Son sublimes! Si viviera Victor Hugo!... Si no se nos hubiese muerto Castejar!... Sólo esos dos hombres podrían acometer la magna empresa de historiar las épicas hazañas de esos modernos numantinos.

Por esta vez—¡loado sea Dios!—la causa de la razón y de la justicia parece que va á triunfar de la causa de la iniquidad y de la perfidia.

La victoria alcanzada recientemente por los boers, aprisionando al general inglés lord Methuen—á quien se indicaba como probable sucesor del generalísimo lord Kitchener—parece demostrarlo así.

DON QUIJOTE, poniendo en olvido la escasa importancia que tiene en la prensa periódica, proyecta solemnizar el gran triunfo obtenido por el general boer Delarey sobre las tropas inglesas, publicando un número extraordinario, en el que colaborarán, así lo esperamos, todos nuestros grandes políticos, hombres de ciencia y literatos.

El importe de la venta de este número, lo dedicaremos á comprar una corona de laurel y oro, que enviaremos al anciano Krüger, para que él á su vez, nos haga el honor de remitírsela al vencedor de lord Methuen, al heroico general boer, Delarey.

Porque ya lo decíamos al principio de este artículo: España tiene el deber de demostrar, con hechos mejor que con palabras, las simpatías que siente por esos dos grandes pueblos, unidos—¡santa unión!—para la defensa de su libertad y de sus derechos.

MIGUEL SAWA.

TIERNA DESPEDIDA

Así clamaba, dirigiéndose á una brillante y seductora moneda de cinco pesetas, cierto atribulado contribuyente en el amargo trance de dejar el duro en las manos pecadoras del representante del fisco:

«¡Adiós, duro de mi corazón! Fruto de mi labor, hijo de mi esfuerzo; ¡adiós para siempre! Nunca ya te volveré á ver.

¡Seré yo por ventura codicioso, mezquino, tacaño, avariento? Cualquiera lo diría viéndome tan conmovido al separarme de ti. El menosprecio del dinero es un sentimiento aristocrático, propio de las personas que lo han ganado á poca costa. Yo soy plebeyo. Tú para mí representas el músculo cansado, el nervio rendido, el cerebro puesto en dolorosa tensión, el deseo, la ansiedad, la noche de insomnio, la penosa dependencia del trabajo, la fría madrugada en invierno, la congoja del calor estival, el premio de la diligencia, el botín de una escaramuza ganado en la lucha de la vida; todas las ansias, todas las fatigas que me ha costado el adquirírtelo. Y eres también á mis ojos el sustento del cuerpo, la égida contra la miseria, la alegría del hogar, el pan de los hijos.

¡Un duro! Don del acaso, fruto del fraude, ganancia obtenida sobre el tapete de un garito, ¡qué cosa tan mezquina y despreciable! Recompensa del trabajo, premio del mérito, bien que otorga la sociedad á cambio del bien que recibe, ¡qué cosa tan respetable y tan santa! ¡Qué torpe objeto de disipación! ¡Qué poderoso instrumento de fecundidad! ¡Cuán menguado si sirve de presa á la codicia, de cebo á la usura, de galardón al cohecho ó de precio á la prostitución! ¡Cuán honrado si remunera el servicio, paga su deuda al merecimiento, salva á la virtud, sostiene al trabajo y redime de la miseria! Condénese en buen hora el mal uso del dinero. Menospreciar al dinero, ¡qué absurdo cuando se piensa en el bien que puede hacer y en el mal que puede evitar!

Y he aquí cabalmente la causa de mi pena. Yo no soy codicioso ni avariento. Lo mismo que sé ganarlo, sé gastar un duro. Lo que me preocupa

al despedirme de ti es tu porvenir más que nuestra separación. ¡A dónde irás? ¿Qué será de ti? Una vez encerrado en las arcas públicas, ¿qué empleo te reserva el hado? Acaso servirás para sostener pompas que condeno y faustos que desapruebo. Acaso contribuirás á pagar esas cargas que el lenguaje oficial llama de justicia. Acaso figures en nómina formando parte de sueldos no ganados. Acaso serás con otros recompensa de méritos y servicios caciquiles. Quien sabe si no entrarás á engrosar las dietas otorgadas á favor de los amigos y deudos de primates. Ya te veo empleado en subvencionar la sofisticación electoral. Ya te veo puesto en manos de cándidas monjitas ó de prelados listos por la intervención de poderosos abogados. Irás si no á pagar las consecuencias de errores increíbles y de culpas inexplicables. Irás, ¡tú, fruto del trabajo! á sostener el ocio del capitalista y subvencionar la usura pública.

Otro fuera mi sentir de saber que tu destino era distinto. Incorporado al patrimonio nacional podrías cooperar á la regeneración de España. Servirías para el fomento de la agricultura y de la industria. Serías salario del trabajador. Tal vez un maestro hambriento te debería su cena. Tal vez contribuyeras á salvar la vida y restaurar las fuerzas de algún servidor de la patria. Quizá una administración reparadora te emplearía en alguna empresa útil. Quizás con otros compañeros serías gastado en hacer un camino, abrir un canal, roturar un baldío, construir un puente ó repoblar un monte. Acaso tendrías el honor y la dicha de procurar pan al hambriento, salud al enfermo, asilo al desvalido y ropa al desnudo. Si tal supiera, con ser lo que eres para mí, me separaría de ti sin pena. ¡Qué digo sin pena? Con satisfacción, con regocijo, con orgullo de poder contribuir por mi parte, aunque en proporción mínima á la grande obra del bien y la prosperidad común.

¡Felices los pueblos donde el último tributario puede consolarse con esta idea! ¡Y mil veces desdichados aquellos otros en que el sacrificio estéril del que pecha sirve en buena parte para fomentar las causas de que dimanar la decadencia nacional y la miseria pública!

Y esto diciendo, aquel contribuyente desolado, casi con lágrimas en los ojos, dió á su duro el último adiós y le abandonó en manos del agente del fisco para cumplir su triste destino.

ALFREDO CALDERÓN

PARTE OFICIAL

El Excmo. Sr. D. Práxedes Mateo Sagasta, presidente del Consejo de ministros, ha entrado en un periodo de franca convalecencia.

Ayer tuvo á bien beberse seis cuartillos de leche y dos copitas de Jerez, marca ministro de Estado.

Por la noche leyó *El Correo* y durmió tranquilamente.

La fiebre ha remitido. La circulación fiduciaria de la sangre es completamente normal.

Gracias á Dios tenemos Sagasta para rato.

(De la *Gaceta de Villabrutanda*.)

JUAN DE DIOS

POEMA

FRAGMENTO

Eran tres. El robusto, musculoso, piernas de acero, pecho de coloso, el cráneo pequeño, el pelo obscuro, la frente noble, el entrecejo duro y el mirar recogido y caviloso. La mujer rubia, débil, aviejada en plena juventud, siempre entregada de su hogar y su oficio á las funciones, era áspera de piel y de facciones y dulce de carácter y mirada. Y, carne del esposo y de la esposa, un chico, criatura deliciosa, que cruzaba del patio los corrillos, dejando caer dos mocos amarillos sobre unos labios de color de rosa. Libre y suelto creció, como en los prados crece la flor. Sus padres, obligados á ganar en la fábrica el sustento, no gozaban la tregua de un momento

para ofrecer al niño sus cuidados. ¡Cuidarle!... De ocasión no disponían. Luego que sus trabajos concluían llegaban á la casa tan rendidos, que cuando acariciarle pretendían cortaban sus caricias los ronquidos. ¡Tiempo para quererle!... Ni siquiera para ellos lo tenían, porque no era su conjunción amor, sino tropiezo; que no es amar gritarle al sueño: «¡Espera!» y besarse en la pausa de un bostezo. Los domingos tan sólo á la mañana, cuando ella abría alegre la ventana y él la gritaba «¡Vuelve, que no hay prisas!», se cobraban de toda la semana con un festín de besos y de risas. Y cuando su apetito, ese derecho á gozarse, veían satisfecho, al niño de la cuna levantaban y, echándole desnudo sobre el pecho, juntos como tres niños retozaban. Luego, cuando de limpio trajeado, se iba el hombre á la calle, acompañado de amigos de taberna y de talleres, bajábase ella, con el niño al lado, al patio, á murmurar con las mujeres. Y al niño entre sus brazos recogía, y, cuando entre sus brazos lo tenía, de tal delirio se mostraba presa, que le daba más besos en un día que á su hijo en todo un año una burguesa. La infancia del obrero es tan menguada, que antes de comenzar ya está acabada.

Su pan, con su trabajo ha de lograrlo, con sus propios esfuerzos conquistarlo; y cumpliendo esta ley ya que tal nombre se da á estafarle la niñez á un hombre, entró el chico en la fábrica á ganarlo. Y acabó su niñez. Cuando venía por el Oriente el resplandor del día, á una voz de su padre, enderezaba sobre la cama el cuerpo; se vestía y el paso hacía la fábrica guiaba, dejando ver en su gentil figura de un hombre hecho y derecho la apostura, y cruzando por medio de las gentes con la blusa amarrada á la cintura y un cigarro encendido entre los dientes.

JOAQUÍN DICENTA

LA CRISIS

El Sr. Sagasta, respetuoso como siempre con el Parlamento, ha cerrado de improviso las Cortes y ha declarado el ministerio en crisis.

No sabemos cuál será la solución de ésta, pero ya lo verán ustedes; todo se resolverá con que entre Fulano y salga Mengano. A esto se reducirá todo, á un simple cambio de nombres. ¡Si nos sabremos de memoria todas las crisis que ha hecho el bueno de Sagasta!

Pero el decreto del Sr. González sobre las congregaciones religiosas quedará incumplido; el proyecto del Sr. Urzáiz limitando la circulación fiduciaria quedará en proyecto, y las reformas sociales prometidas quedarán en promesas. ¡Y vamos viviendo!

Acaban por dar asco todas estas mezquindades de nuestra política. Las crisis se hacen, no en bien del país, sino en bien de los partidos. Parece que los liberales no han «comido» todavía lo bastante. Parece que los conservadores no tienen todavía «chambre».

¡Sagasta, Silvela! Esos dos hombres funestos son siempre los llamados á gobernarnos. Dicen que no hay otros, ó que los que hay son peores que éstos. Y la opinión sigue callada, sin protestar. Una opinión que no opina, ¿es opinión?

Maura decía que la revolución, si no se hacía desde arriba se haría desde abajo. Ni desde abajo ni desde arriba. ¿Para qué? Este es un pueblo que ni siente ni padece. Todo le es igual. Todo le es lo mismo. Monarquía ó República, ¿qué más da?

Decididamente tarda mucho Inglaterra en conquistarnos.

ACTA

En la villa de Madrid, á 7 de Marzo de 1902. Reunidos de una parte los Sres. D. Miguel Sawa y D. José Ferrándiz, en representación del presbítero D. Modesto Estipendio, y de la otra los señores D. Ramiro Maeztu y D. Pío Baroja, como representantes de D. Silverio Lanza, manifiestan los Sres. Sawa y Ferrándiz que su patrocinado se cree ofendido por las palabras que el Sr. Lanza pronunció en la taberna del *Super*, y que, según testigos presenciales de mayor excepción, fueron así: *Pa mí que ese clérigo y la condesa de Lesbos se traen algo*; y piden una explicación satisfactoria, una retractación solemne, ó una reparación de 7 pesetas y 25 céntimos. Los señores Maeztu y Baroja contestan que las palabras del Sr. Lanza son la voz pública. Los Sres. Sawa y Ferrándiz replican que la voz pública es un eructo del arroyo; que la señora condesa de Lesbos sólo tiene amistad con su doncella, Rosa Romero, que la acompaña de día y de noche; y que el presbítero D. Modesto no tiene tratos con mujeres, y vive retirado con su amigo soltero Manuel Puga y Landeira, cobrador de comercio. Ante estas francas manifestaciones convienen los cuatro firmantes en que el Sr. Lanza debe retractarse solemnemente. Y así lo firman: *Sawa, Ferrándiz, Maeztu, Baroja*.

RETRACTACIÓN

Dichosa edad y dichosos tiempos aquellos en que los capellanes decían á las condesas: *¡olé los antropomorfos simpáticos!*; y ellas decían: *¡adiós, omnipotens!*

Dichosa edad y dichosos tiempos aquellos en que los cobradores cantaban á las doncellas de servicio: *yo quisiera que tú te murieras*; y ellas contestaban: *¡paciente quasita!*

El que suscribe se arrepiente de haberse creído en aquellos tiempos y en aquella edad, y asegura que hoy las condesas, los capellanes, las sirvientas y los cobradores *no se traen nada*.

SILVERIO LANZA LANZA.

EL ILUSTRE ENFERMO

COMENTARIOS

—¿De modo que es tan grave la enfermedad del presidente?

—¡Y tan grave! Se trata de una complicación horrorosa. Imagíne usted que D. Práxedes padece la escarlatina, la difteria y el moquillo.

—¡Ave María Purísima!

—Y además se le ha presentado un grano maligno en salva sea la parte, del tamaño de Aguilera.

—¿Qué me cuenta usted?

—Pero hay que confiar en la naturaleza vigorosa del enfermo. D. Práxedes tiene mucha fibra! Ese nos va á enseñar á todos. Ese va á vivir más años que Chesté. Le digo á usted que por el momento no hay que asustarse. Tenemos presidente para rato. ¡Y que rabie Montero! ¡Y que rabie Moret! ¡Qué hombre! Digo, ¡qué monstruo de la Naturaleza!

—¿Pero usted cree en la enfermedad de don Práxedes?

—Hombre, yo...

—¡Todo eso es una pura farsa! D. Práxedes está más bueno que usted y que yo. Pero, claro; las cosas se van poniendo cada vez más Urzáiz; quiero decir más feos los proyectos de Hacienda están á punto de dar en tierra con todo el ministerio. Y D. Práxedes ha echado mano de su gran recurso: se ha fingido enfermo.

—¡Caramba, qué cosas dice usted!

—¡Yo no digo más que la verdad! D. Práxedes podrá engañar á otros, ¡pero lo que es á mí!... Lo conozco más que si lo hubiera parido! Le digo á usted que la vida de ese hombre es una pura comedia. ¡Yo no he sentido la muerte de Vico, porque mientras nos viva Sagasta!

—Los momentos son difíciles, verdaderamente difíciles, ¿me entiende u-td? Supongamos que el jefe se muere—¡no quiera Dios!—, ¿con quién vamos á substituirle? ¿Con Montero Ríos? ¿Con Moret? ¿Con Weyler? ¡Ninguno tiene la altura de D. Práxedes! ¿Usted me entiende? Sagasta es úni-

DON QUIJOTE

REMEROTECA MUNICIPAL MADRID

EL NUEVO CIDE.

LA MOZA DE CANTARO



Los frailes.—He aquí un buen sitio para... desahogarse.



¡Se le va á caer!



Sagasta.—¿Me echa usted una mano, don Paco?
Silvela.—¡Ya sabe usted que yo siempre estoy dispuesto á ayudarle!



¡Con quince luché en Zamora y los quince me pegaron!...



¡Toda la clase castigada por ignorante!

LOS NUESTROS



Jacinto Benavente.



Amén, ó el ilustre enfermo.



Proyecto de farola para la Puerta del Sol

co, Sagasta es un hombre excepcional, todopoderoso, magnífico, supremo... ¡Sagasta es Sagasta! ¡Me entiendo usted? Yo no digo que Montero, ó que Moret, ó que Weyler... ¿usted me entiende? ¡Pero D. Práxedes es el primer hombre del mundo! Y aquí está quien lo dice. Aquí y en todos los terrenos. ¿Usted me entiende? ¡En todos los terrenos!

—Ayer ha bebido seis cuartillos de leche.
—No, señor; cuatro.
—Le digo á usted que seis.
—Y yo le digo á usted que cuatro.
—¡Seis!
—¡Cuatro!
—¡Es usted un majadero!
—¡Y usted un animal!
—¡Monterista!
—¡Conservador! ¡Mal liberal!

DON QUIJOTE, cantando con una voz y una gracia que ya quisieran para sí Romeo o Riquelme:
*En la calle tiro piedras,
y al que le den que perdona;
de hablar tanto de Sagasta
me duelen ya los... riñones!*

El marqués de Santa Marta.

Ha muerto. Nakens, que le conocía mucho, ha escrito de él lo siguiente, que reproducimos y hacemos nuestro:

«Ilustre por su linaje, se confundió con el pueblo desde que vino á la vida pública. Aristócrata, defendió constantemente la democracia y estuvo al lado de sus hombres más escleróticos: Oránse, Castelar, Figueras, Pi, Salmorón...»

Al triunfar la República pertenecía al Directorio; se le ofrecieron puestos importantes, y los rechazó.

Al caer se impuso el deber de no perdonar medio de restablecerla, y lo cumplió.

Antes y después de la revolución de Septiembre fue solicitado por la Monarquía, y permaneció en la República.

Después y antes prestó su concurso á la labor revolucionaria. En alguna ocasión hizo él solo tres veces más que luego hizo el partido entero, para facilitar el triunfo de la Revolución.

Necesitó el partido federal, al que pertenecía un periódico diario para defender sus ideales, y él lo fundó y lo sostuvo.

Comprendió que sin la unión de todos los republicanos era imposible derribar la Monarquía, é inició y realizó la Coalición de la Prensa, base de la Nacional, que también hizo.

Creyó que sólo imponía, después de esto, la inteligencia personal con Ruiz Zorrilla para trabajar con provecho, y á París fué y con él se entendió, haciendo, cuando llegó el caso, honor á lo que ambos pactaron.

Y á partir de aquí no hubo unión ni concentración ni fusión en que no entrara, ni Directorio á que no perteneciera, ni sacrificios que esquivara, persuadiéndole de que sólo por este medio podría llegarse á donde deseábamos.

Fué Santa Marta de los pocos hombres que, al desaparecer, han tenido derecho á decirse: «He hecho cuanto ha estado en mi mano porque prevaleciesen mis ideales».

EPIGRAMAS

«Don Caralampio Basanta,
duque del Despertador,
marqués de Vallemenor,
conde de la Casa Santa;
barón de las Aguaderas,
vizconde de Blancas-Olas,
gran Cruz de tres españolas
y de catorce extranjeras;
ex regente de la Habana,
senador por Albacete,
ha fallecido ayer siete
ó las diez de la mañana.»
Así la esquila corrió
de tan gran hombre reflejo
y al ver pasar el cortejo
que todo Madrid siguió,
tras dos ternos soberanos
dijo una chula en el río:
—¡Qué atracción de señorío
se van á dar los gusanos!

Hacer una novena
para su santo
quería la duquesa
de Vellacanto.
Y el clero, al poner precio
lo hizo tan caro,
que ella consultó al duque,
por caso raro.
El le escribió al momento:
—«Querida Marta:
ven lo de Santa Rita
állevo la cuarta.»

Al celoso juez de guardia
se la pegó la mujer.
—No se puede ser celoso
cuando se tiene que hacer!

Al capitán general
de una hermosa capital
pidió el obispo Cenón
cien hombres y un oficial
para ir en la procesión.
Y el general, que era malo,
mandó un pliego de regalo,
y escribió desde el cuartel:
—Para santitos de palo
soldaditos de papel.

El día de Viernes Santo
estaba enfermo de muerte
un hombre, y bañada en llanto
le ponderaba su suerte
su mujer, con dulce encanto.
—Tu muerte dicha será:
muere en el mismo día
en que Dios muriendo está!—
Y el moribundo decía:
—¡Pero él... resucitará!

Hablaban de parentelas
un abogado y un cura,
y aludiendo á doña Pura
González de Cachaveras,
dijo el abogado:—A mí
esa no me toca nada.—
Y el cura con voz pausada
le dijo: —¡Pues á mí sí!

EUSEBIO BLASCO

BAJO EL SOL

No veo en torno mío nada malo ni criticable; el día está bueno; la Naturaleza revive; eterna y sublime contraventura de Códigos y leyes, sacude la nostalgia del invierno y se corona de jacintos para el amor sin duelo, para recibir en la boca un torrente de besos primaverales.

En breve, tras de una hojilla del calendario, aparecerá la primavera buena, apretando sobre su seno un haz de rosales bravios y de claveles tempraneros. Vendrá la virgen de los campos con su manto de gloria, cuajada la suelta cabellera por el vivo chispeo de los astros, á brindar amores y esperanzas al duelo de los hombres.

No será culpa suya que bajo el sol rejuvenecido y sonriente, que bajo el cielo soberano de calma y de pureza, la carne inteligente siga llorando y maldiciendo.

Dijérasenos desterrados del amor y de la vida, bajo la luz, sobre las flores, ante la tierra palpitante y hambrienta de creación, asoma á nuestros labios la planidera elegía del esclavo que odia y que llora en en su *valle de lágrimas*. Pero un Abril que apunta nos avergüenza y nos desmiente.

Hay una cruel disparidad entre las trágicas conmemoraciones que celebra la Iglesia en este tiempo y la explosión de carcajadas y de besos que nos aturde y nos invita...

La estación que nace nos niega el derecho á la amargura; revolucionaria y audaz, borra de nuestro espíritu la imagen del Cristo pálido y agonizante. Es otra la imagen que nos impone; en el ambiente tibio, cargado de poder y de arrullos, sentimos pasar al Cristo Amor del lago de Genezaret, embriagado por el aroma de los lirios y en vuelta la frente en la voluptuosa melancolía de la tarde.

Crear, amar, enaltecer la vida; ¡ah, si en eso se hubieran detenido las religiones todas de la tierra, los misérrimos todos del espíritu! Imaginaos la historia humana sin tragedias, la carne consciente sin dolor, desconocido el *fenómeno* del llanto y un mundo nuevo, un mundo como un nido, porque en el nido no se llora.

La primavera llega; ¡á qué mentar acontecimientos nimios de la semana! La nueva estación, tan soberbia como desdenosa, los despreciaría.

Es infinitamente más sublime su piedad que nuestra historia y nuestros hechos.

Pasará sin tocarla, sin detener su paso, el negro torrente de lágrimas y odios.

Su misión es otra, viene á cumplirla y la cumplirá á pesar nuestro. En la guardillita humilde, en el antro de la mina, sobre los surcos de la tierra, en cualquier parte donde haya dos sexos que se amen, dos anhelos que se busquen, la primavera santa hará brotar la flor ruborosa de un beso creador.

ADOLFO LUNA

La muerte del Delfín.

El delfinito está enfermo; el pequeño delfín se muere. En todas las iglesias del reino el Sacramento permanece expuesto noche y día, y grandes cirios arden por la curación del real enfermo. Las

calles de la antigua residencia yacen tristes y silenciosas, las campanas no suenan ya, los coches caminan lentamente, y en los alrededores del palacio los vecinos curiosos alisban por entre las rejas hacia el interior de los patios donde los suizos conversan con aire triste.

Todo el castillo está conmovido; chambelanes y mayordomos suben y bajan á la carrera los escalones de mármol. Las galerías rebosan de pajes y cortesanos vestidos de seda, que van de corrillo en corrillo indagando en baja voz las últimas noticias. En los vastos corredores, las damas de honor, desconsoladas, se hacen graves reverencias, enjugándose los ojos con lindos pañuelos bordados.

En el Naranjal se efectúan numerosas consultas de médicos togados. A través de los vidrios se les distingue cómo agigantan sus anchas mangas negras, cómo inclinan doctoralmente sus descomunales pelucas. El ayo y el caballero del delfinito se pasean por delante de la puerta, aguardando las decisiones de la facultad. Los marmitones pasan á su lado sin saludarlos. El caballero reniega como un pagano; el ayo recita versos de Horacio. Y á la vez, por el lado de las caballerizas, se oye un largo y quejumbroso relincho. El alazán del delfinito, el alazán olvidado de los palafreneros, que llama tristemente al pie de su posebre vacío. ¿Y el rey? ¿Qué es de S. M. el rey? El rey, completamente solo, se ha encerrado en un cuarto al extremo del castillo. ¡Las majestades no gustan de que las vean llorar! Respecto á la reina, la cosa es distinta: sentada á la cabecera del delfinito, con el hermoso rostro bañado de lágrimas, solloza á gritos en presencia de todos, como lo haría una verdulera.

En su camita de encajes, más blancos que los almohadones en que se halla extendido, el delfinito reposa con los ojos cerrados. Parece que duerme; pero no; el delfinito no duerme. Se vuelve hacia su madre, y al verla llorar, le dice: «Señora reina, ¿por qué llora su majestad? ¡También cree como los demás que voy á morir!» La reina quiere responder; los sollozos ahogan sus palabras.

«No llore, pues, señora reina. Olvida su majestad que yo soy el delfín y que los delfines no pueden morir de este modo... La reina solloza con más fuerza, y el delfinito empieza á tener miedo. «¡Hola—dice,—no quiero que la muerte venga á llevarme, y yo sabré impedir que llegue hasta aquí... Que ahora mismo vengan cuarenta de los más fornidos lansquenets para montar la guardia alrededor de nuestra cama... Que cien cañones de grueso calibre velen noche y día, con la mecha encendida, al pie de nuestras ventanas. Y ¡desgraciada de la muerte si tiene el atrevimiento de acercarse á nosotros!»

Por complacer al real enfermo, la reina, hace una seña. Al instante se oye ruido de gruesos cañones arrastrados en el patio, y cuarenta de los más fornidos lansquenets, con la partesana en el puño, vienen á colocarse alrededor del cuarto. Son veteranos de bigotes grises. El delfinito al verlos empieza á palmotear. Conoce á uno, y le llama: «¡Lorrain! ¡Lorrain!» El veterano avanza un paso hacia la camita. «Te quiero mucho, mi viejo Lorrain... Enseña un pedazo de tu enorme sable... Si la muerte quiere llevarme habrá que matarla... ¿no es así?» Lorrain responde: —«Sí, monseñor...» y dos gruesas lágrimas corren por sus curtidas mejillas.

En este momento el capellán se acerca al delfinito y le habla mucho en voz baja, enseñándole un crucifijo. El delfinito le escucha con aire de asombro, y súbitamente le interrumpe:

—«No comprendo bien lo que usted me dice, señor abad; pero, en fin, ¡mi amiguito Beppo no podría morir en mi lugar pagándome mucho dinero!»

El capellán sigue hablándole en voz baja, y el delfinito tiene un aire más asombrado.

Cuando el capellán ha concluido, el delfinito prosigue dando un hondo suspiro:

—«Todo lo que usted acaba de decirme es muy triste, señor abad; pero una cosa me consuela: arriba, en el paraíso de las estrellas, voy á ser todavía el delfín. Sé que Dios es mi primo, y me tratará según mi jerarquía.»

Después agrega volviéndose á su madre:

—«Que me traigan mis vestidos más hermosos, mi jubón de armiño blanco y mis escarpines de terciopelo. Quiero adornarme como rey para los ángeles y entrar en el paraíso con vestido de delfín.»

Por tercera vez el capellán se inclina hacia el delfinito y le habla mucho en voz baja... A lo mejor del discurso el niño real le interrumpe con rabia: «¡Puesentonces—grita—no es nada ser delfín!»

Y sin querer oír más, el delfinito se vuelve hacia la pared y llora amargamente.

ALFONSO DAUDET

LIBROS

Pocos autores modernos han alcanzado fama tan envidiable como la de Máximo Gorki. No obstante ser muy joven, este escritor ve sus obras

traducidas en todos los idiomas cultos y su nombre al lado de los más célebres.

Como nota dominante en la obra de Gorki aparece ese vago malestar de los hombres que, convencidos de su impotencia, colocados en situación humilde, pretenden realizar hermosas aventuras. Konovalof (personaje de *Los vagabundos*) aspira á la gloria del bandolero Stenka-Rasine. En *Los degenerados*, el zapatero Orlof quisiera renovar las hazañas de Iliá de Murom. Esos esclavos pretenden emanciparse del yugo á que están sujetos y libertar á sus compañeros de servidumbre. Débiles y vencidos, mueren prorrumpiendo en amargas quejas. Pero su ensueño no muere con ellos, y la misma ideal aspiración brota después en otros corazones.

A pesar de las imperfecciones que la crítica dogmática señala en *Tomás Gordieff*, no cabe duda de que ésta es una de las mejores producciones de la literatura rusa. El tipo del protagonista está muy bien trazado, y en general todos los caracteres denotan el estudio y la observación sagaz del autor. La figura de Maiakin tiene un relieve extraordinario que la hace igual, si no superior, á las más bellas y vigorosas de Shakespear.

Entusiasmo juvenil, ardor romántico, orgulloso pesimismo, sombría y salvaje exaltación que se desborda en frases nuevas y hermosísimas, lenguaje sencillo y escogido, intuición, habilidad: tales son las cualidades principales del escritor ruso que hoy figura entre los más insignes.

Las obras publicadas por la Casa editorial Maucci, de Barcelona, se titulan *Cain y Artemio*, *En la estepa*, *Los vagabundos*, *Los Tres* (en prensa), *Tomás Gordieff* y *Los degenerados*, y forman una notable colección de seis tomos bien impresos y con elegante cubierta.

Ricardo Calvo, el joven y notabilísimo actor, ha publicado un libro de versos con el título de *Evocaciones*, un libro muy sincero, muy sentido, muy lleno de verdadera poesía.

Si Ricardo Calvo quisiera escribir más... Porque tiene grandes condiciones de poeta. Tan grandes condiciones como de actor.

ANUNCIOS HUMORÍSTICOS

Para los ricos y para los pobres, para los enfermos y para los sanos, no hay otro vino como el *Vino Valgañón*. De venta en la *calle del Caballero de Gracia, 56, Bodega del Jalón*.

¿Qué alcobas! ¿Qué muebles de comedor! ¿Qué sillerías! ¿Qué arte! ¿Qué elegancia! ¿Qué gusto!—*A. Vallejo, Alcalá, 17.*

¿Queréis gozar de todos los placeres de la vida... imaginativamente? ¿Queréis ser felices? ¡Pues bebed una ó dos copitas del rico *Anís del Moná*!

Todos los hombres prácticos lo dicen: No hay mejor negocio que asegurarse la vida en la *Equitativa de los Estados Unidos, Sevilla, 13.*

LA INGLESA

¡Amado Teótimo! ¡Visita *La Inglesa*, *Montera 35 (Pasaje del Comercio)*. Allí hay de todo, como en botica. Preservativos higiénicos, «última moda», libros alegres, etc., etc.

VINOS DE RIOJA

Tinto fino..... 0,50 botella.
Clarete superior..... 0,75 »
Rioja Medoc..... 1,00 »
En botellas con malla precintada.

SAN MATEO, 15, «BODEGA RIOJANA»

CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETAÑA

Plaza de Santa Ana, núm. 1.

Sucursales: Fuencarral, 102, y Preciados, 7.

VENTA Á PLAZOS Y AL CONTADO

La Cosmopolite.

No hay competencia posible con este papel de fumar de puro hilo. Es el más higiénico de todos. Pedirlo en los estancos. Precio: 10, 15 y 20 céntimos. *Depósito, Farmacia, 3, principal.—Francisco Igual, Madrid.*

DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRICION

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; semestre, 5; año, 10.

PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas

Número suelto, 15 cts.; atrasado, 30.

A corresponsales y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marzo, calle de las Pozas, 12.